

BERNINI, Emilio, *El método Rousseau. Un dinamismo de los conceptos*, Buenos Aires: Editorial Las Cuarenta, 2021, 350 pp.

*El método Rousseau. Un dinamismo de los conceptos*, escrito por Emilio Bernini, revisa la obra de Jean Jacques Rousseau con el objetivo de probar la tesis de que, entre la amplia variedad de géneros, teorías y conceptos que la componen, hay una constante y es de naturaleza metodológica. Esta lectura permite repensar constructivamente las paradojas y las aporías de la obra del filósofo, por medio de la articulación de múltiples capas de sentido, conceptuales e históricas, que permiten una nueva comprensión de las mismas. Bernini enseña que de manera intertextual –es decir, entre obra y obra, en referencia a hipotextos que remiten a diversas tradiciones– Rousseau asume diferentes posiciones de discurso, a los fines de ensayar distintas respuestas a los mismos problemas filosóficos, que son puestos así a prueba en contextos y escenarios con objetivos y estrategias retóricas particulares. Para ubicar el método de Rousseau, entonces, se requiere un trabajo que no se realiza exclusivamente hacia el interior de su obra, sino también en la reconstrucción de la interacción de su obra con otros escritos, ya sean contemporáneos del propio filósofo o anteriores.

El libro se estructura en tres partes, las cuales conducen al lector por un vasto recorrido, cargado con aires de novedad. La primera parte, “Posiciones de discurso”, presenta la heterogeneidad del posicionamiento discursivo rousseauiano, en cuanto a diversas

tradiciones y a determinados conceptos centrales de su teoría. La segunda, “Estatutos de la ficción”, arroja luces sobre la importancia y la peculiar concepción metodológica que tiene Rousseau de la ficción y de la mimesis. En la tercera parte, “Transfiguraciones”, se condensa la tesis de Bernini, allí convergen el análisis con la letra del filósofo. Esta tripartición es a su vez deudora de un estudio introductorio que es fundamental: dado que la recomposición histórico-conceptual arroja nuevos claroscuros sobre la teoría del pensador de Ginebra, el autor de *El método...* inicia el libro con la puesta en valor de su propia tesis, en relación con otros estudios críticos contemporáneos.

La introducción, titulada “La querrela de las interpretaciones”, se sitúa de lleno en el terreno de la disputa por el sentido de la obra de Rousseau, más específicamente en la pregunta por la unidad y la sistematicidad de la misma. Se recuperan, en este esquema, posicionamientos ya clásicos, como los de Victor Goldschmidt o Jean Starobinski, con el fin de mostrar las limitaciones heurísticas de sus lecturas (p. 14). Subsiguientemente, el primer atisbo del método se observa en las lecturas de Louis Althusser, quien sugiere que las paradojas rousseauianas se deben pensar a partir de un desfase *–décalage–*. Para Althusser, la literatura complementa, en Rousseau, a la teoría filosófica, allí cuando esta misma se ve obturada por desenlaces paradójales. Esta operación de desfase o de dislocación del hilo argumentativo se retomaría en otros escritos, de naturaleza estrictamente literaria, en un gesto que Althusser considera como una “fuga

ideológica”, como lo *otro* de la teoría, como una transferencia que se resuelve de manera práctica (p. 19).

No obstante, Althusser parte de una concepción demasiado general de literatura, que homogeneiza la diversidad de géneros que utiliza Rousseau –como son, la novela, el ensayo, la autobiografía o los diálogos–. Frente a esto Bernini interpone otra lectura. Esta diversidad de géneros no solo no sería homologable, sino que, además, lo “literario” y la ficción son dos instancias fundamentales del discurso filosófico rousseauiano, que no articula sistemas conceptuales, sino que conceptualiza a partir del contexto de su formulación (p. 21). En este sentido, con experticia, Rousseau hace una puesta en valor de la diversidad de géneros literarios y aprovecha la singularidad de cada uno para decir cosas que no pueden ser dichas de otra manera o en ciertas economías textuales, explotando y a la vez reconociendo las limitaciones, como ser, de un ensayo, un tratado o un discurso filosófico.

Bernini enseña que su tesis se fundamenta en un “giro metodológico”, en los intérpretes rousseauianos de principios de siglo XX. Este giro se desmarca de otros enfoques, también contemporáneos, canonizados, como es el caso de la escuela de Ginebra (cuyo más renombrado representante es Jean Starobinski), en donde subsiste el problema de la unidad de la obra, la cual se encontraría en la biografía y el *topos* de la intención del autor. El abordaje metodológico, en cambio, deja de lado las dificultades que conlleva la problemática del sistema y de la unidad conceptual y asume la premisa de

que dicha conceptualización procede por medio de operaciones de posicionamiento y reposicionamiento discursivo. En esto, puede encontrarse una metodología de apropiación, de crítica, de formulación y de reformulación de los conceptos, frente y desde las tradiciones que se refieren a la formación de Rousseau. “Rousseau desplegaría así una metodología recurrente y variable que promueve un dinamismo conceptual que tiende a no fijar sentidos últimos o definitivos” (p. 36).

En la primera parte, “Posiciones de discurso”, se reconstruye el singular posicionamiento de Rousseau en relación a la formación discursiva clásica. Se señala acá la relevancia de la Querrela de los Antiguos y los Modernos, que enfrentaba dos posiciones antagónicas del siglo XVIII respecto de la tradición greco-romana: una que podría decirse de continuidad y otra de ruptura. Bernini demuestra cómo Rousseau toma elementos de ambas tradiciones. Se retoman y se reconstruyen aquí los debates que sostuvieron autores como D’Alembert, Perrault, Boileau, Racine y Fénelon, y se observa cómo esta reconstrucción histórica y conceptual deviene fundamental para aprehender la profundidad de la reflexión filosófica de Rousseau, y, en este caso, la complejidad de un texto como el *Discurso sobre el origen de las ciencias y las artes*.

A continuación, se analizan dos conceptos en los que se puede apreciar, desde otra perspectiva, la dinámica conceptual sugerida. En primer lugar, se recupera la peculiar concepción rousseauiana sobre el *origen*, en diálogo con Condillac, atendiendo a las diferencias habidas, en la formulación

del concepto, entre el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* y el *Ensayo sobre el origen de las lenguas*. Se pone de relieve, entonces, la economía textual de cada texto, así como la vinculación y el desencuentro, entre Condillac y Rousseau, en torno a este tema, que involucra posicionamientos deliberados sobre la ficción, el lenguaje y el origen de las sociedades, en el marco de la crítica dieciochesca al método empirista y al espíritu de sistema del siglo XVII (p. 105).

Por otro lado, se problematiza la noción de *sentimiento*, aunque ya no ubicando la posición discursiva de Rousseau entre los círculos intelectuales y los textos de la época, sino por medio de una genealogía intertextual, exclusivamente centrada en la obra del filósofo. Se analiza el desarrollo multipolar de este concepto en relación con nociones que lo abarcan en su plasticidad –los sentidos, la razón sensitiva, la luz interior, la conciencia– y en distintas obras, como el mencionado *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, los *Diálogos*, *Emilio*, *Cartas Morales*, la *Profesión de Fe del Vicario Saboyano* o las *Notas*, en *Refutación de Helvecio*.

La segunda parte, “Estatutos de la ficción”, recupera la ficción como una categoría clave en el despliegue del método. En este caso, se comprenden las posiciones discursivas del filósofo en torno a la cuestión de la *mimesis*, en relación con la teoría estética clásica y su concepción sobre la novela y el tratamiento de las pasiones. Siguiendo a Bruno Bernardi, Bernini entiende que es factible afirmar que “en Rousseau la ficción opera como categoría filosófica;

es una reformulación, una co-formulación de su filosofía que no posee estatuto secundario o complementario” (p. 171). Característicamente procesual, la ficción ve modificado su propio estatuto y función en el transcurso de la redacción y de las tramas narrativas (p. 173). Bernini distingue seis grados de la ficción en *Emilio* y en su secuela inacabada, *Emilio y Sofía, o los solitarios*. En la yuxtaposición y despliegue de estos grados de ficcionalización, entre la teoría, la especulación y la dimensión empírica de los hechos, entre las posibilidades de narración de la interioridad de la subjetividad y la deconstrucción de un relato, se despliega un lenguaje filosófico. En “lo ficcional se encuentra la posibilidad misma del pensamiento, su experiencia y experimentación” (p. 205).

Por supuesto que es menester determinar y luego explicar la ficción en su relación con la literatura novelesca, lo cual se aborda en discusión con las teorías clásicas de la retórica de las pasiones (Lamy, Arnauld) y la teoría del estilo (Fresnoy); en relación, sobre todo, con su concepción acerca del vínculo que sostiene la novela con la esfera moral. Se repone acá la teoría del lenguaje que subyace a esta concepción clásica, que hace de las novelas y de la retórica un modulador de las pasiones, a los fines de comprender el explícito rechazo de Rousseau a esta tradición, en la medida en que las pasiones no son algo que hay que reprimir, sino que se puede y que hay que modificar. El problema será, en este caso, el afán mimético de los lectores y su tendencia a identificarse con lo que leen de manera dogmática o acrítica. Al

igual que con respecto a las ciencias y las artes, Rousseau escribe novelas para compensar el mal que las mismas traen consigo. *Julia, o La nueva Heloísa* es así una novela que está escrita para afectar e incidir en los sentimientos del lector/a de novelas, en orden a esta compensación. “Se trata de una experimentación de las pasiones por la imaginación y por el discurso... en eso consiste la utilidad de la buena mimesis en Rousseau: la ficción novelesca puede enseñar, bien dirigida –estructuralmente orientada– la transformación de las pasiones mismas” (p. 229).

La tercera parte del libro, “Transfiguraciones”, está compuesta por dos capítulos que revisan la narrativa del sí mismo en Rousseau. Allí se abordan los diversos posicionamientos del sujeto autoral en relación a las avenencias y desavenencias del autor mismo, quien intenta de esta manera replicar y resolver su propia coyuntura. Estos escritos de sí mismo están concatenados y deben ser comprendidos en esta relatividad, ya que la subjetividad se explica y despliega –se transforma– de distintos modos, en atención a los requerimientos de los distintos contextos. Las experiencias narradas, el estilo de la redacción y la concepción del yo se ven modificadas consiguientemente en sus objetivos, en su resolución y en las estrategias de cada abordaje (pp. 246-248). Esto se podría observar, por ejemplo, en el trabajo intertextual que hace Rousseau en las *Confesiones*, escrito que estaría en relación de transposición con las *Confesiones* de Agustín de Hipona (p. 283), en lo que sería cierta concepción de la subjetividad que se modifica en los *Diálogos*, en donde Rousseau

revisa y discute la filosofía de Diderot (p. 293). Nuevamente, y en cada caso, la metodología orienta la propuesta teórica y exige ubicar estas narrativas de sí mismo con relación a sus respectivos hipotextos e interlocutores.

*El método...* propone que, hacia el final de su trayectoria filosófica, Rousseau se esfuerza por inventar un “lenguaje nuevo” (p. 281), que se reconoce en un último viraje metodológico. Habría una “última filosofía” –de acuerdo, en este punto, con Charrak–, en esta etapa vespertina del pensamiento del filósofo, que se constituiría esta vez como antimetódica. Este nuevo método y posición discursiva emergen concretamente en *Ensoñaciones*, en donde se busca capturar, concebir, conceptualizar sobre la marcha momentos que constituyen una verdadera transfiguración personal –experiencial– del autor. Al decir de Bernini, en este texto “la imaginación es la experiencia filosófica misma” (p. 312). Se busca una transfiguración que no será premeditada u organizada: la experiencia de la escritura de las ensoñaciones busca sublimar el puro placer de existir que se siente al experimentar las ensoñaciones mismas. Según Bernini, es posible encontrar acá una experiencia de transfiguración, en el sentido cristiano, de aniquilación y reintegración del yo en un orden trascendente. No obstante, la crítica subsiste, en cuanto la transformación no es una fundición en Dios, sino en la naturaleza, en la materialidad de los sentidos y en el placer sensual de la existencia.

En conclusión, Emilio Bernini logra hacer palpable una rigurosa metodología y una relación de continuidad que Rousseau se obstina en asignar a

sus escritos. Esto lo logra revivificando, por medio de un arduo y minucioso estudio, aquellas tradiciones, debates y querellas que lo inspiraron. Llenado de un vocabulario crítico que cualquier lector de Rousseau debe incorporar para ir más allá de la letra de sus textos –Bernini recupera desde Gerard Genette una vasta terminología para pensar

la retórica y la estilística del autor–, el libro *El método Rousseau. Un dinamismo de los conceptos* es en sí mismo una caja de herramientas que permeabiliza las paradojas de la obra y le brinda continuidad a la reflexión y la deliberación filosóficas.

Juan CRUZ APCARIÁN